

Mientras decía esto, no dejaba de examinar la ropa, que continuaba sobre la mesa.

—¡Mirad, mirad! (dijo de pronto): no me había engañado. La chaqueta tiene manchas de sangre.... ¿Las veis, señor Procurador imperial?

—Sí, las veo, en efecto.... Pero ¿de dónde vendrá esa sangre? ¿No me decíais cuando veníamos que, según todos los indicios, la señora Le Forestier había muerto asfixiada?

—Sin duda; todo lo hace creer así.... Pero si la sangre no es de esa desgraciada, será del otro asesino, herido en la mano por una mordedura de su víctima, según declaración de los médicos. Una lucha, de la cual ha sido testigo el hijo de la señora Le Forestier, se trabó entre los dos cómplices, y la mano del herido, al rozarse en la chaqueta, la ha manchado.

Terminadas estas investigaciones, el Jefe de seguridad regresó á París en el tren de la una de la madrugada.

XII.

Á la mañana siguiente, á su vuelta del depósito, siguiendo su habitual costumbre de pasar la visita de inspección á los detenidos el día antes, y de disponer lo conveniente respecto á

éstos, después de despachar su correspondencia y distribuir el trabajo del día entre los inspectores, el Jefe de seguridad se dirigió al departamento de los jueces de instrucción en el Palacio de Justicia, y preguntó por el señor X..., encargado del crimen del boulevard Haussmann. No tardó en ser recibido.

—Os esperaba (le dijo el Juez, señalándole un asiento). Estoy al corriente, merced á las notas que me habéis enviado esta noche, de las peripecias de vuestro viaje á Orleans.... Convento en que ese viaje no ha sido inútil. El descubrimiento é incautación de la maleta son sin duda importantes; pero reconoceréis conmigo, que estamos aún lejos del resultado que deseamos.

—Opino de igual modo,—dijo el Jefe de seguridad.

—Conocemos perfectamente (replicó el señor X....) cuál ha sido el móvil del crimen y de qué manera se ha cometido. Tenemos la filiación de los culpables, pero ignoramos por completo quiénes son, cuál es su procedencia y dónde se ocultan. ¿No es eso?

—Justamente.

—¿Habéis ordenado las investigaciones necesarias?

—Sí, las de costumbre, las reglamentarias, por decirlo así; las que se hacen siempre en los

hoteles, las casas de huéspedes. Pero no creo que parezcan.

—¿Por qué?

—Porque esos dos miserables parecen demasiado listos ó demasiado avisados para dejarse coger.... Además, señor Juez de instrucción, no habrá dejado de llamaros la atención en, el oficio que he tenido el honor de enviaros, una nota, referente á cierto gabán encontrado en la maleta.

—En efecto.... Desearía saber si erais de mi misma opinión.

—¡Oh! Nosotros debemos hablar con toda franqueza.... Antonio Guiraud, nacido en Orleans.... desde luego se comprende que tanto el nombre como la población son falsos.... El fingido Antonio Guiraud, me he dicho, tan luego como cometió el crimen, esconde sus vestidos de criado, su chaqueta manchada de sangre, su gabán ordinario de paño grueso y usado, vuelve á la calle de Provence, toma un carruaje, cambia por otras las ropas que le delatan, al efecto guardadas en la maleta, y se pone el mismo gabán.... Él quiere que las gentes del Hotel le vean marchar con el mismo traje con que había venido, y le tomen siempre por el criado Antonio Guiraud, natural de Orleans. Mas una vez en el carruaje, donde él ordena le coloquen la maleta, se quita dicho gabán, y lo sustituye por otro más

nuevo y elegante, el cual esté en consonancia con su nuevo traje, y guarda la ropa vieja en la maleta donde yo la he encontrado.... Tan total fué su metamorfosis, que el cochero, al verle bajar en la estación, se hizo esta reflexión, que consignó en mi oficio: «Este no es el mismo hombre. Tiene el aspecto de un caballero». ¿Á qué obedecerá este cambio?

—¿Esa es vuestra opinión?—repitió el Juez.

—Seguramente, y es natural (replicó el Jefe de seguridad): él quería volver á París después de una ausencia de algunos días, vestido de igual modo que se había marchado, para evitar toda sospecha, y poder volver á sus antiguas costumbres, á sus antiguas ocupaciones, interrumpidas por algunas semanas de servicio doméstico.

—Pues bien: esa es también mi opinión (dijo el magistrado); y para pensar así tengo algunos indicios más.

—¿Y cuáles son? Si me los queréis comunicar.

—He visitado ayer, con el mayor cuidado, el cuarto ocupado por Antonio Guiraud, en la casa de la señora Le Forestier. Á primera vista no se notaba nada de particular, ninguna carta ó papel que pudiera comprometerle, ni nada que pudiera servir como de indicio del crimen. Los objetos que, unidos á la ropa que contenía la maleta, constituyen el equipaje de un criado, un

frac negro para servir á la mesa, un pantalón, un chaleco y algunas corbatas blancas.... Pero un detalle me llamó la atención.... Sobre una mesa de pino, que le servía de mesa-tocador, se había dejado el jabón.... Era una de esas pastillas de jabón finas, que cuestan caras, y que no usan por lo regular los criados.... El bote de pomada era elegante, y aunque no tenía etiqueta, debía ser de alguna perfumería á la moda.... Y, por último, he encontrado al lado del bote de la pomada y del jabón una caja de polvos de arroz.... ¿Qué opináis de esto de la caja de polvos de arroz?

—Demuestra, como el gabán, sus hábitos elegantes, á los cuales no ha renunciado, no obstante haberse hecho sirviente.

—Opino de igual modo.... Después de las declaraciones, interrogué de nuevo á la criada Julia respecto á los hábitos y costumbres de Antonio Guiraud.... La criada me dijo que era muy cuidadoso de su persona, que tenía las manos muy blancas, que se cuidaba mucho las uñas, y que en su manera de hablar parecía un caballero.... Tales fueron sus palabras.

—Cuyas palabras vienen perfectamente con las otras del cochero. «Con ese gabán nuevo parece todo un señor».

—Nos conviene no olvidar (añadió el Juez de instrucción, hojeando el proceso) que su compa-

ñero y cómplice, que fué á buscarle á la calle de Provence la vispera del día del crimen, y que estuvo escondido en la casa del boulevard Haussmann, tenía también buen aspecto. Los criados y el dueño del hotel á quienes pregunté: ¿Qué tal su aspecto? ¿El de un criado? Me respondieron: «Sí, el de un criado, pero de buena casa». Ó, lo que es lo mismo; sus vestidos eran de un criado, pero su aspecto, sus modales y su manera de expresarse denunciaban desde luego que pertenecía á una clase más elevada.

—¡Seguramente! Pero ¿á cuál?

—Es necesario hacer averiguaciones.... Habréis notado (añadió el Juez de instrucción) que nuestros dos desconocidos estaban al corriente de todas las costumbres de la señora Le Forestier.... No me refiero á su vida íntima.... sino á la afición extraordinaria que tenía al trabajo y á la soledad, lo cual ha sido el verdadero origen de su perdición; la manía de ir á cobrar por sí misma todos los trimestres, y llevar el dinero á su casa, sin duda por el placer de pasarse mucho tiempo por las noches contándolo y revisándolo una y otra vez.

—Era un placer de avaro, del cual disfrutaba cuatro veces al año.... ¿Cuánto más natural hubiera sido dejar los fondos en casa de un banquero ó de un agente de cambio, para que le hubieran dado el empleo que les indicara?

—Yo no hago caso (añadió el Juez de instrucción) del famoso saco de cuero que paseaba por todo París, y que por las noches vaciaba en sus arcas. Esas son charlatanerías é indiscreciones de criados, y es un detalle del cual no debemos ocuparnos.... Pero todo el mundo sabe que el 15 de Enero su recaudación era mucho mayor que la de los otros trimestres, porque, no sólo cobraba los alquileres, sino también los intereses y dividendos de una porción de títulos; y antes de ayer, á consecuencia de la venta de unos valores al contado y del cobro de unos créditos, debía reunir más de un millón ochocientos mil francos. Estos detalles constan en sus libros de cuentas, y los prueba una nota que he pedido á sus agentes de cambio.

—Los individuos á quienes perseguimos...., y en esto creo somos de igual parecer...., han sabido escoger el día.... Vos creéis sin duda que esto no es hijo de la casualidad, y que ellos estaban al corriente de todo; por lo tanto, todo hace sospechar que pertenezcan á la aristocracia de los negocios, ó de la Bolsa, donde hay tanta gente sospechosa.

—Se me ocurre la misma idea, y no creo que sea descabellada.

—Y yo me congratulo de que coincidamos en esto, porque así veo indicado el lugar hacia donde debo dirigir mis investigaciones.

—Pero no dejéis por eso de hacerlas al mismo tiempo por otras partes.

—¡Oh! Estad tranquilo: obraré con toda actividad. Desgraciadamente, buscar en todas partes es buscar en el vacío.

—¿Cómo es eso? ¿Habéis perdido la fe?

—Contra mi costumbre, podéis creérmelo. Siempre he tenido alguna confianza en mí y en la gente de una brigada especial que he formado. También he contado con que la casualidad viniese en nuestra ayuda. Pero por esta vez, sin embargo de los muchos antecedentes que tenemos, y de cuantos indicios habéis recogido, de la importancia de ciertos acontecimientos y de las ideas nuevas nacidas en esta conferencia, abriego el temor de que hemos de recibir un desengaño.

—¡Un desengaño! ¿Luego no pensáis hallar feliz término al asunto?

—Ni vos ni yo, señor Juez de instrucción. Fijaos bien en el principio del asunto. Aquí no nos encontramos, por desgracia nuestra, con asesinos de profesión. ¡Ay! ¡Ojalá fuera así! Los verdaderos asesinos, los asesinos de oficio, se entregan tarde ó temprano, y si ellos no lo hacen, son entregados por los encubridores con quienes viven. Todos estos miserables, que con frecuencia no entran á la parte en el negocio, hacen el suyo vendiendo á sus compañeros: su ambición no

tiene límites.... Pero hoy, señor Juez, es muy distinto.... Nos hallamos frente á frente de ladrones y asesinos de azar, de ocasión, si así puede decirse.... Hombres que han sido arrastrados al robo y al asesinato por la fuerza de las circunstancias, atraídos por el cebo de un bonito negocio, y á quienes el temor de ser descubiertos ha arrastrado á cometer el crimen y á derramar sangre contra su voluntad. En la ejecución de su crimen no han dejado tras sí rastro alguno que les haga traición, lo cual demuestra que han conservado su sangre fría en la huida. ¿Cómo queréis que se entreguen ahora que el mayor peligro ha pasado ya?

—Sin embargo (replicó el Juez de instrucción), tengo aún esperanza.

—Vos decís eso para prestármelas á mí, y os lo agradezco.... ¿Tendríais la bondad de decirme, antes de retirarme, si la maleta encontrada en Orleans tardará mucho en ser traída á París?

—He ordenado que la traigan inmediatamente.

—Desearía que se me entregaran los vestidos que contiene. De su examen puede resultar que la ropa no sea nueva, y que acuse un servicio de más de ocho días. En ese caso, y como, según nuestros informes, Antonio Guiraud no ha estado de criado en más casa que en la de la señora Le Forestier, ese traje debe haberse com-

prado en el Temple ó en casa de algún prendero.

—¿Deseáis presentarlos en todas partes con la esperanza de que puedan reconocerlos y recordar al comprador?

—Aunque la esperanza es algo vaga, no creo deba dejar de intentarse.

—Se hará como lo deseáis.... Procurad tenerme al corriente de todas vuestras investigaciones.... Es preciso que pongáis en este asunto vuestros cinco sentidos.

—Así lo haré, con tal que no se presente en estos días otro asesinato de mayor importancia.... Á vuestras órdenes, señor Juez.

* * *

Los funerales de la señora Le Forestier se verificaron tres días después del de su muerte en la iglesia de la Magdalena, donde, así como en la Plaza, se reunió una numerosa concurrencia. En ella no se hablaba de otra cosa que de lo concerniente al crimen, del modo cómo había sido cometido, de los pormenores más ó menos extraordinarios ocurridos en él, y que no se había logrado averiguar quiénes pudieran ser los asesinos.

Pero cuando, al terminarse la ceremonia, se abrieron por completo las puertas de la iglesia

para dar paso al cadáver, todas las cabezas se descubrieron.

El hijo de la víctima iba presidiendo el duelo, vestido de negro, con el rostro pálido, rodeado por sus largos y rizados cabellos; sus grandes y negros ojos, arrasados en lágrimas, no se apartaban por un solo instante de aquellos paños bordados que cubrían el cadáver de su madre; y, serio y grave, avanzaba con mesurado paso, como si fuera un hombre.

A su lado, rodeado de parientes lejanos y amigos, el doctor du Chalet iba con sus dos hijos. Acompañaba al huerfanito, por sí, á pesar de sus deseos y esfuerzos, le faltaba el valor.

Á alguno de la multitud se le ocurrió decir:

—¡Y pensar que el asesino puede estar muy bien entre nosotros, quizás contemplando pasar ese cadáver y ese niño!

XIII.

La certeza ó la esperanza del éxito no influyen en ciertos hombres para que, una vez dispuestos á llevar á término un negocio, pierdan ni por un solo momento su actividad y energía. Les basta decirse: «Cumplo con mi deber, y esto debe bastarme».

El Jefe de seguridad, tan luego como recibió la ropa que contenía la maleta y la que se había encontrado en el cuarto de Antonio Guiraud, en el boulevard Haussmann, encargó al más calmoso, y al mismo tiempo de mayor confianza, de los inspectores á sus órdenes, que fuera presentando los trajes á todos los comerciantes de ropas de París, para ver si alguno reconocía aquellos vestidos.

Pasaron dos días sin que el agente diera respuesta alguna. Al tercero por la mañana el inspector se presentó á su jefe, y le dijo:

—Ya lo he encontrado. Un comerciante de Nuestra Señora de Nazareth.

—Tomad un carruaje, y sin pérdida de tiempo traedle á mi presencia.

Media hora después el Jefe de seguridad decía al comerciante:

—¿Habéis dicho ayer que estos vestidos habían estado en vuestra casa?

—Sí, señor.

—¿Por qué los habéis reconocido?

—Por una razón muy sencilla. Los tengo colgados ante mi vista meses y meses, y además, los limpio y los arreglo todos los días; así es que cuando llego á venderlos, aunque pase mucho tiempo, cuando los vuelvo á ver siempre los conozco.

El Jefe de seguridad miró al comerciante, un

joven judío, á través de sus gafas, con suma detención.

Después añadió sonriendo :

—Luego vuestros trajes usados son los amigos á quienes más tratáis.

—Como que esos amigos me han librado de la miseria y hasta de la muerte.... ¡Si supierais en qué estado fué á mi poder ese sobretodo!.... Manchado, descosido, roto...: lo limpié, lo cosí, le puse botones, en fin, lo puse como nuevo, y lo colgué de un clavo, en sitio donde se pudiera ver bien.... Á las tres semanas lo vendí.

—¿Junto con ese frac, esa chaqueta y ese vestido de criado?

—Sí, señor; á la misma persona. Os convenceréis de que no me equivoco; lo tengo sentado en el libro. Podéis verlo.

—Es verdad.... ¿Pero no habéis inscrito el nombre del comprador?

—No, señor.... Él se lleva su compra, y allá él.... Yo inscribo únicamente los nombres de los vendedores, como los reglamentos de policía me ordenan.

—Puesto que os es tan fácil reconocer vuestras ropas, reconoceréis también á vuestros parroquianos.

—Si por algún motivo me fijo en ellos, sí.

—¿Recordáis la persona á quien habéis vendido estas ropas?

—Perfectamente.

—¿Por qué?

—Porque no se me presentan con frecuencia gentes tan bien vestidas y de tan finos modales.

—¡Ah! Un hombre joven, rubio, alto, robusto; ¿no es eso?

—¡Oh! No, señor; como de unos cuarenta años, bajo, delgado y descolorido.

—¿Estáis seguro?

—Segurísimo. No hace mucho tiempo.... Podéis ver la fecha; 29 de Diciembre.

—¿Luego no sería para ese individuo bajo y delgado ese gabán tan grande?

—No, señor. Él dijo que, cansado ya de las insolencias y robos de los criados de París, había resuelto traer de su país un criado robusto, al cual tenfa que vestir.

—Debía tener las medidas exactas del criado, porque, de lo contrario, hubiera esperado á que llegara para enviarlo á vuestra casa. ¿No os parece eso natural?

—Seguramente, y esa es la razón por qué hoy me acuerdo de esto perfectamente. Mas en el comercio, cuando un parroquiano paga bien y al contado, no se deben hacer reflexiones.

—¿Vuestro parroquiano se llevó la ropa inmediatamente?

—Sí, señor.

—¿Se la llevó en el brazo?

—¡Oh, no, señor! Me dijo que si por casualidad tendría una maleta que venderle. Y como nosotros tenemos de todo, le pude dar una maleta, que, aunque vieja, le servía.

—¿Recordáis cómo era la maleta?

—Sí, señor; la tenía hacía mucho tiempo; era de la familia. De cuero amarillo, más bien negro que amarillo, y con dos cerraduras cubiertas.... Mi parroquiano examinó mucho las cerraduras: quería que fueran seguras. Estaba en su derecho.

—¿Y qué hizo con la maleta una vez llena?

—Me suplicó que la colocara en su carruaje.

—¿Un carruaje particular?—dijo con viveza el Jefe de seguridad, que acababa de concebir una vaga esperanza.

—No, señor; un carruaje de alquiler.

La esperanza quedó desvanecida. Trató de halagar al comerciante, de refrescar sus recuerdos á fin de obtener las señas más precisas respecto al carruaje.

—¿Habéis sido siempre comerciante de ropas viejas?—le preguntó con amabilidad.

—Siempre, señor; también lo era mi padre. Creo que es herencia de familia. ¿Por qué me lo preguntáis?

—¡Me parecéis inteligente y observador!...

—Lo exige el oficio. Se trata siempre de engañarnos. Es necesario defenderse. Distinguir á

un hombre honrado que vende sus ropas, de un bribón que trata de deshacerse del traje que ha robado.

—¿Supongo que no compraréis nada de eso?

—Algunas veces; pero prefiero lo que trae su marca.

—Mirad que es la policía á quien estáis hablando,—replicó sonriendo el Jefe de seguridad.

—Pues si por esto me castiga, bien puede ir cerrando todas las tiendas del barrio. La policía no debe ignorar que la mayor parte de los criminales se visten allí. El Temple es una especie de madriguera.

—Vamos, ayudadme á buscar á ese parroquiano que habéis indicado; al comprador de la maleta y de las ropas. Ved en el estado en que se encuentran estos vuestros antiguos vestidos.... Están manchados de sangre.

—¡Oh, ya los veo, ya los veo! Pero á mí eso no puede traerme perjuicio alguno. ¿Vos me lo prometéis?

—Yo no os prometo nada.... No me habéis hecho ninguna observación respecto al carruaje que llevaba aquel individuo. Recordad bien. Un observador como vos, debe recordar algo.

—Escuchad.... El cochero era viejo, muy viejo. Yo me acuerdo, porque primero quise que me hubiera ayudado á subir la maleta al carruaje; pero al verle, me dije: «¡Bah! Yo solo la pondré

más pronto que si me ayudas. Tu estás demasiado estropeado».

—¿Y á eso quedan reducidos vuestros recuerdos? ¿No se refieren más que á la edad del cochero?

—¡Ah! Otra cosa,—dijo el comerciante.

—Veamos.

—El carruaje era de cuatro asientos.... Pude colocar la maleta, como me indicó mi parroquiano, en el asiento delantero, que era muy ancho, no una pestaña, como sucede con otros coches.

—Muy bien.... El número de carruajes de cuatro asientos es limitado.... ¿Y la forma, el color del carruaje? ¿Era acaso amarillo?

—No, señor; me hubiera llamado la atención.... El color amarillo me hace reir, á consecuencia de cierta aventura de mi juventud. Era de color obscuro, muy obscuro.

—¿Y el caballo?

—No lo recuerdo; únicamente puedo decir que partió muy de prisa. Era un buen caballo.

—¿Nada más?

—Nada más, señor. ¿Creéis que tendré que ir á presencia del Juez de instrucción?

—Es probable.... ¿Os molesta?

—¡Oh! No, señor.... Ya estoy acostumbrado. Me conoce demasiado la curia.

—Podéis retiraros.

—Está bien, señor Jefe de seguridad.

—¡Ah! ¿Conocéis mi destino?

—Lo he adivinado. Un Comisario de policía me hubiera interrogado de otra manera, con más solemnidad, y un simple inspector con menos cortesía.

—¡Veo que estáis enterado!

Cuando ya se disponía á salir, después de haber colocado en el carruaje los vestidos cogidos, le dijo el comerciante:

—¿No necesitáis alguna cosa, señor Jefe de seguridad?

—¿Y qué diablos podéis ofrecerme? Yo no compro ropas viejas, ni tampoco vendo las mías.

—¡Es una lástima! Un ladrón me las hubiera comprado para tener un recuerdo vuestro. Pero yo no sólo vendo ropas; tengo también buen tabaco.

—De contrabando, ¿no es eso? No lo quiero. Si os lo comprara, me vería en la precisión de arrestarme á mí mismo.

El joven judío se puso á reir como un loco, echado sobre el quicio de la puerta, y todavía seguía riendo cuando regresaba de la calle de Nuestra Señora de Nazareth el Jefe de seguridad. Éste, entre tanto, iba en un carruaje hacia el malecón de l'Horloge, y reflexionaba: su entrevista con el prendero le permitía remontarse al origen del crimen, á la manera que se remon-

ta uno por la orilla de un río hasta llegar al manantial de donde nace.

—El número de los culpables (se decía) ha aumentado.... Son tres seguramente. Los dos primeros, jóvenes, altos, robustos, han desempeñado la parte activa; han robado y asesinado. El otro, de más edad, pequeño, de complexión delicada, los ha aconsejado y dirigido el negocio. Él compró á Antonio Guiraud los vestidos para que entrara en la casa, y lo ha preparado todo, de manera que sus cómplices no se han comprometido y han conservado su serenidad en el momento de la acción; todos los han creído, como ellos deseaban, simples criados. Él no ha tenido necesidad de disfrazarse, de cambiar de condición. Nadie le ha visto, ni en la calle de Provençe, ni en la agencia de colocaciones, ni en el boulevard Haussmann. Ha permanecido tal como es, bien vestido, elegante. Esta diferencia, esta completa discordancia con sus dos cómplices, esta especie de oposición entre ellos, acabarían por engañar á la policía.... Pero se equivocan. La justicia ha adivinado al cabo que los otros dos, vestidos de criados, no lo eran, aunque querían aparecer como tales. Pero siempre el mismo problema. ¿Á qué clase de la sociedad pertenecen? Y una vez descubierta la clase, ¿quién reconoce al individuo?

No obstante tantas dificultades como se le

presentaban, el Jefe de seguridad no desistía de sus propósitos. Se ocupaba en aquellos instantes en hallar el carruaje que había conducido á la calle de Nuestra Señora de Nazareth al nuevo desconocido, para lo cual había tomado sus medidas.

El comerciante judío fué el encargado de buscar al cochero. Apenas llegó á distinguirlo, se lo indicó al inspector. Á éste no le fueron precisos muchos esfuerzos para hacerle recordar su viaje al Temple tres semanas antes.

—Yo esperaba parroquiano, mientras me entretenía en mirar un saco de paño, del cual tenía necesidad, cuando poco después se presentó un caballero.

—¿Como cuánto después? —preguntó el agente.

—Como una media hora.

—¿El parroquiano os despidió pronto?

—Cuando lo dejé en un hotel del barrio.

—¿Cuál?

—No lo recuerdo....; pero se busca....

Se halló el hotel. Se consultaron los libros: Un viajero, cuyas señas eran bastante vagas, había llegado, en efecto, el día 29 por la mañana, pero se había marchado aquella misma noche, y no fué posible por esta vez hallar el carruaje.... Se hubiera encontrado como se había encontrado este otro; pero el desconocido pudo

cambiar diez veces de carruaje antes de llegar al punto de su parada.

El Jefe de seguridad, después de una nueva entrevista con el Juez instructor, adquirió un detalle de verdadera importancia: el de que las miradas de uno de aquellos hombres brillaban en la obscuridad.

—¡Esperemos que la casualidad quiera protegernos!—se dijo el Jefe de seguridad.

XIV.

La especie de desfile que se hacía otras veces, y que se hace todavía hoy delante del Jefe de seguridad y algunos agentes á su servicio reunidos en el saloncito de la prisión llamado el Depósito, es de una gran utilidad. Las gentes detenidas la víspera eran objeto de una inspección, con objeto de hacer una reseña de ellas al Juez instructor. Se trataba de observarlas, de reconocerlas y de desenmascararlas, por sí, como de costumbre, trataban de demostrar que no había motivo para que estuviesen bajo el poder judicial y que eran objeto de sospechas infundadas, poderlas conocer. El desfile es muy rápido; algunos minutos bastan para observar las fisonomías, y decir: «Este es nuevo; no lo hemos

visto jamás. No ha salido de ninguna prisión. Ese ha estado en Poissy el año pasado. Aquel ha sufrido varias condenas por vagabundo. Aquel otro es un abonado á diario de San Lázaro».

Algunas veces el Jefe de seguridad indica á un sujeto, diferente de los demás, y deja su interrogatorio para más tarde, con objeto de poderlo hacer con más detención y dar de él detalles más precisos. No le hará su interrogatorio referente al delito que se le imputa. Procurará únicamente identificar su personalidad del modo más terminante.

Habían pasado quince días desde que ocurrió el asesinato de la señora Le Forestier.

La causa continuaba en el mismo estado, cuando una mañana, una joven bastante guapa, llamada Clara Mérot, que decía ser oficiala de modista, fué llevada delante del Jefe de seguridad y de sus agentes. Su maestra la acusaba de haberle robado varios objetos, y estaba detenida desde el día antes.

Nadie la reconoció. La delincuente debía ser nueva. Ya se disponían á llevarla al departamento de mujeres, cuando se dirigió llorando al Jefe de seguridad, suplicándole que tuviese la bondad de escucharla sin testigos.

El desfile había terminado. M. X.... hizo á sus dependientes una seña para que se alejaran.

—Señor (exclamó Clara Mérot): libradme, os